



LOLES LÓPEZ

¿NI UN
ROMANCE
MÁS!

Loles López
¡Ni un romance más!

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Loles López, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020, 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2022

Depósito legal: B. 9.955-2022

ISBN: 978-84-08-26065-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

1

Salió de los juzgados y dejó escapar con alivio el aire que había retenido casi sin percatarse, algo absurdo, lo sabía, porque el caso que llevaba lo tenía más que estudiado y era consciente de que lo ganaría con soltura, algo que, efectivamente, sucedió. Pero haber vuelto a encontrarse con Sarah después de tantos años lo hacía sentirse inquieto, sobre todo cuando ella salió corriendo al percatarse de quién era él, aun cuando habían pasado tantos años desde aquel día...

Se dirigió a su coche con paso tranquilo tratando de desechar esos pensamientos, que no valía la pena tener. Había sido una casualidad toparse con ella después de tanto tiempo sin coincidir, y volver a hacerlo en una ciudad tan grande como era Chicago era casi imposible. Así pues, intentó disfrutar del viento fresco, que lo ayudaría a despejar sus ideas, a dejar libre esa frustración que sentía al recordar la noche anterior, los labios de Sarah tan cerca, su mano sobre él cuando la cogió por la cintura notando su delicadeza, su cuerpo... «Joder», maldijo para sí al darse cuenta

de que volvía a pensar en ella. Resopló con frustración mientras se metía en el coche y arrancaba el motor, envolviéndole la música que sonaba en la radio y que esperaba que acallara su mente, para dirigirse al Wrigley Building, en la torre sur, donde se encontraba el bufete donde trabajaba desde hacía un año, después de haber pasado diez en la empresa de su amigo Owen. Se le había presentado la oportunidad de volver a lidiar con las leyes, de volver a sentirse realizado como abogado, algo que estaba disfrutando al máximo.

Estacionó el coche en el garaje subterráneo del edificio y se encaminó hasta el ascensor sin perder el tiempo. En ese momento el sonido de su teléfono móvil irrumpió con fuerza.

—¿Dónde estás, cabronazo? —preguntó su amigo Clive nada más aceptar la llamada.

—Llegando al bufete —contestó mientras subía en el ascensor.

—Anoche te evaporaste. ¿Tiene algo que ver la chica de los pelos alborotados? —quiso saber, haciendo que Brian negara con la cabeza.

—Sí, pero no como tú piensas.

—¡Uy, pichabrava, ¿tú no sabes que tengo una imaginación muy perversa?!

—Demasiada, diría yo —susurró—. No sé qué pasó, pero salió huyendo después de decirle que nos conocíamos...

—Joder, ¿y se le cayó el zapato? —se burló, haciendo que Brian negase con la cabeza. Clive siempre se lo tomaba todo a cachondeo.

—Sí y, de paso, la tarjeta de visita —bufó siguiéndole el juego, algo que hizo que su amigo se carcajeara.

—¿Y de qué la conocías? A la amiga no recuerdo haberla visto antes...

—De la universidad —dijo frunciendo ligeramente el ceño al recordar aquellos días.

—¿Esta tarde quedamos para tomarnos algo? —preguntó cambiando de tema, centrándose en el porqué de esa llamada. Brian sabía que las preguntas se las haría cuando estuvieran delante de una cerveza.

—Sí, creo que lo necesitaré —contestó mientras observaba cómo el piso número veinte ya estaba iluminado, por lo que se relajó unos segundos mientras el ascensor iba subiendo—. A ver lo que me encuentro cuando llegue al bufete.

—Joder, ¡es verdad! Hoy tienes jefa nueva en la oficina —soltó su amigo jocoso, haciendo que Brian negara con la cabeza. Clive siempre se centraba en la parte de la conversación en la que salían mujeres, ignorando todo lo demás...

—Sí..., y por lo que me han contado es mucho más dura que su padrastra —susurró por si se hallaba en el ascensor; sabía que era difícil (pues supuso que llevaría ya un par de horas en el despacho), pero no imposible. Lo último que quería era que tuviese una imagen errónea de él.

—Bah —masculló restándole importancia—. Seguro que con un buen polvo bien dado se le acaban las tonterías.

—No todo se arregla así, Clive —protestó mirando hacia los lados, como si temiese que alguien pudiera oír lo que decía su alocado amigo.

—¿Cómo que no? Es la única solución. Mira, tú entras, te presentas y, sea como sea, despliegas tus encantos y ¡listo! —soltó resolutivo, haciendo que Brian

negara con la cabeza. ¡Clive lo solucionaba todo con el sexo!

—No puedo hacer eso; hay unas normas que estipulan que no hay que mezclar el placer con el trabajo.

—Bah, tonterías. Son prejuicios marcados por la sociedad. Es mucho más divertido saltarse las normas, Brian —añadió totalmente convencido de sus palabras—. A ver, imagínate que tu jefa es la Cenicienta de los pelos alborotados, sí, esa que conoces de la universidad... ¿De verdad me estás diciendo que perderías la oportunidad de seducirla para, luego, en un arrebato de pasión, follarla como un cosaco encima de la mesa solo porque te lo prohíben unas estúpidas normas que alguien se inventó?

—Exacto, Clive. Te recuerdo que soy abogado y sé lo que conllevaría saltarme esas *estúpidas* normas, como tú las llamas...

—¡Bah! —replicó haciendo que Brian se echara a reír—. Te digo yo que te la tirarías en el despacho si hiciera falta —añadió con seguridad, por lo que su amigo bufó muy despacio mientras cerraba los ojos. Clive era un caso perdido—. ¡Te dejo! Acaba de entrar Jack y me está mirando con cara de pocos amigos, dentro de poco le saldrá ese mostacho suyo de tipo serio —informó jocoso, haciéndolo sonreír. Era lo que más echaba de menos de trabajar en Grupo 87: el buen rollo que siempre tenían en la oficina y las pullitas que lanzaba Clive a Jack y viceversa—. ¡Luego nos vemos, gañán, y ya me contarás cómo es la jefecita!

Brian sonrió mientras finalizaba la llamada y guardaba el teléfono en el bolsillo, para después quedarse mirando la pantalla en donde se sucedían los pisos. Desde que se había enterado de que su jefe se jubilaba

y dejaba al cargo a su hijastra se encontraba intranquilo, y no porque temiera por su puesto de trabajo, sino porque odiaba las confrontaciones, los malos rollos, y, tras un año trabajando en ese importante bufete de la ciudad, se sentía a gusto y realizado, y temía que toda aquella paz se esfumara por culpa de la nueva jefa. Pero ¿y si, como le había dicho Clive, su nueva jefa era Sarah?... Negó con la cabeza desechando esa hipótesis descabellada y salió del ascensor al alcanzar la planta seleccionada. El enorme bufete lo recibió de una manera bastante atípica, ya se había acostumbrado a percibir los gestos somnolientos del fin de semana, las miradas furtivas de alguna que otra secretaria e incluso de la recepcionista, sin embargo, ese lunes solo vio nerviosismo y aceleración.

—Buenos días, Jena —dijo acercándose al mostrador—. ¿Qué ocurre?

—Uf —bufó la recepcionista mirando a los lados e inclinándose hacia delante, por lo que Brian tuvo una magnífica panorámica de su pronunciado escote—. La hijastra nos ha puesto firmes —explicó—. ¡Menuda estirada! Me ha pedido que, cuando lleguéis los abogados que tenéis juicio esta mañana, os diga que debéis pasar por su despacho. Si quieres, luego te pongo en antecedentes, porque... ¡tela!

—¿Tan dura es?

—Peor, mucho peor. ¡Te dejo! Tengo que preparar unos informes que me ha pedido —añadió visiblemente agobiada, haciendo que Brian asintiera para comenzar a cruzar el largo pasillo flanqueado por los pequeños despachos de los abogados; en total había siete, sin contar con el del jefe, que tenía el doble de tamaño y se encontraba pegado a la sala de juntas. Todo era elegan-

te y serio, para darle al cliente la imagen de profesionalidad que los había lanzado como uno de los bufetes más importantes de Chicago. Los materiales elegidos eran la madera oscura y el acero.

Se detuvo delante de la puerta blanca, la única que se distinguía de todas las de madera oscura, tocó con los nudillos y esperó a oír una voz de mujer haciéndolo pasar. Abrió la puerta y entró observando a una esbelta joven que se encontraba de espaldas, mirando a través de los amplios ventanales que daban al río, mientras hablaba por teléfono casi en un susurro. Cerró tras de sí y aguardó a que ella le diese paso para que se sentara, y mientras se entretuvo observando su silueta por detrás.

Vestido sobrio de color negro, curvas marcadas y sugerentes, cabello rubio recogido en una alta y perfecta coleta... No obstante, después, cuando se volvió hacia él, las escasas esperanzas que tenía de que fuera ella, de que fuese esa mujer a la que estuvo a punto de besar pero salió huyendo, se esfumaron tan rápido como ella la noche anterior. Su nueva jefa rondaría, más o menos, los veintimuchos años, calculó Brian, y su manera de moverse, de mirar, hacían presagiar el altivo carácter que debía de tener. Sus facciones eran duras, contenidas y prácticamente no gesticulaba, manteniendo una serenidad en su rostro digna de mencionar. Era la elegancia y el control en persona, e intuyó la razón por la cual su fama la precedía, esa mujer era intimidante, y temió estar delante de una jefa incluso más dura e implacable de lo que decían las habladurías.

—No tardes, ¿de acuerdo? —soltó con voz fría y distante a su interlocutor—. Vale, ¡vale! —añadió elevando la voz para después finalizar la llamada, dejar el

teléfono en el soporte y sostenerle la mirada con una seguridad que haría flaquear a cualquiera.

—Soy Brian Hugles —dijo al ver que ella no decía nada, como si esperase que él hablara, para después dar un paso adelante.

—Ah, de acuerdo, el abogado que me faltaba por conocer —indicó con seriedad sentándose en el sillón mientras removía unos papeles encima de la mesa—. Bien... Siéntate, Brian —señaló la silla—. Soy Becca Rogers y a partir de ahora seré la encargada de llevar el bufete, espero que estés dispuesto a dar el cien por cien de ti, sé que eres un gran profesional y que el señor Rogers está muy contento con tu trabajo, pero ahora me lo tienes que demostrar a mí, y puedo asegurarte que todo lo que puedes haber oído de mí se queda en cierta manera corto. Soy dura, es verdad, pero lo soy por una razón: odio perder, Brian, pero todavía aborrezco más que se cometan estúpidos fallos que nos hagan perder un caso o la confianza de nuestros clientes.

—Puede contar conmigo, señora Rogers.

—Eso era lo que quería oír. Dentro de diez minutos tenemos una reunión en la sala de juntas para poder hablar de los nuevos casos que nos han llegado y asignar los abogados... Mientras tanto, puedes marcharte.

Brian se levantó de la silla y abandonó el despacho. Estaba claro que debía poner los cinco sentidos en cada cosa que hiciera, y haría lo necesario para ganar cualquier caso que le asignara su jefa. Debía demostrarle que era bueno y que podía confiarle los casos más importantes. ¡Estaba deseando ponerse en marcha!

—Joder, macho, al fin te dignas llegar. Ya estaba pensando que le estabas dando la bienvenida a la nueva jefa —soltó Clive con guasa nada más verlo aparecer por aquel local de copas donde normalmente se veían después del trabajo. Había buena música, buen ambiente y chicas guapas, era todo lo que necesitaban.

—He tenido un día para olvidar —bufó Brian sentándose para, después, en cuanto la camarera apareció, pedirle una cerveza.

—¿Cómo es la nueva? —preguntó su amigo con ávido interés.

—Dura e implacable.

—Humm... Suena a sexy.

—Suena a que, si no me pongo las pilas, mi puesto pende de un hilo. No sé, Clive, pero tenemos la sensación de que esa mujer quiere hacer una criba por alguna razón. Nos han asignado los casos al revés: a mí los sencillos y a los abogados que tienen menos experiencia los complicados...

—Bah, seguro que dentro de dos días la tienes comiendo de tu mano —añadió como si nada—. Todos sabemos que eres de los que encandilan, Brian, con esa carita de chico bueno y perfecto yerno, enamoras hasta a la más dura.

—No te creas que será tan fácil —susurró visiblemente agobiado, haciendo que Clive lo mirase para después negar con la cabeza—. ¿Y Jack?

—Ha ido a por Ryan —soltó haciendo que este asintiera—. ¡Ah! Owen ha llamado esta tarde a Jack y le ha dicho que ya estaban disfrutando de las Maldivas.

Brian sonrió al saber que su buen amigo —*exquarterback* de los Philadelphia Eagles, actual entrenador jefe de los Chicago Bears y dueño del estudio de archi-

tectura Grupo 87— se encontraba en el inicio de su luna de miel después de haberse casado con Eva, esa mujer que irrumpió en sus vidas llenándolo todo con su sonrisa y esa sinceridad desbordante que los conquistó a todos aceptándola como a una más en el grupo, después de que Owen y ella no tuvieran un flechazo, ¡sino todo lo contrario!

—Qué gusto, y, en cuanto vuelvan, se van Jack y Tina también de luna de miel, ¿no?

—Sí. Estaré dos semanas con Eva al frente de Grupo 87, sin que nos atosigue nuestro querido y taciturno amigo —indicó con guasa, haciendo que Brian sonriera.

—Ya le diré a la pobre Eva que, si necesita que te diga cuatro verdades, me llame.

—Te aseguro que no le hace falta ayuda, ¡menuda es Eva para decir las cosas! —añadió con una sonrisa, tras lo que Brian se echó a reír. En ese tiempo habían descubierto el altivo carácter de la española y su incapacidad para guardarse algo. Si lo pensaba, ¡lo decía!—. Y, que quede entre tú y yo (que luego me da la matraca nuestro amigo con esta confesión), desde que Jack está con Tina está mucho más relajado, rinde aún más en el trabajo y ha abandonado ese pesimismo que lo perseguía desde que Sherlyn lo dejó. ¡Tina nos ha devuelto a nuestro amigo!

Brian sonrió mientras asentía conforme a las palabras de Clive. Jamás pensaron que esa chica que irrumpió en la vida de Jack volviéndolo loco con cada una de sus disparatadas ideas —aún se reían al recordar aquellos días que volvieron chiflado al más cabal de los cuatro amigos— llegara a ser alguien tan importante para él, aunque, claro, eso era otra historia, una que había

acabado con un Jack mucho más sonriente y con ganas de vivir la vida sin miedos.

—Estoy agotado, me tomaré esta y me voy para casa. Creo que no fue buena idea salir anoche —dijo mientras cogía el botellín y se lo terminaba de un largo trago.

—¿Y perdernos esa fiesta?

—De poco me sirvió a mí...

—Pues la amiga de la Cenicienta era una delicia —indicó haciendo que Brian sonriese con resignación. Él era así: cuando quería algo, iba hasta el final—. No te hagas de rogar, gañán, y dime si la conozco.

—No —susurró mientras hacía girar el botellín vacío de cerveza por la superficie de la mesa—. Coincidí los dos últimos años de universidad con ella. Cuando ella entró, yo estaba en tercer curso...

—¡Uy, pichabrava, una pipiola para un veterano! —soltó Clive con guasa, haciendo que él negara con la cabeza. ¡Era imposible hablar en serio con su amigo!

—Nunca pasó nada entre nosotros —confesó desviando la mirada al botellín y para seguir dándole vueltas sobre la superficie barnizada de la mesa.

—¿Quién no quiso? —soltó haciendo que Brian sonriera mientras negaba con la cabeza. Clive tenía una percepción asombrosa y sabía lo que ocurría al instante, algo que, aun conociéndolo desde el colegio, lo seguía sorprendiendo.

—Ella.

—Joder, con la Cenicienta... —añadió Clive, haciendo que este sonriera mientras se encogía de hombros—. Es de las durillas, ¿verdad?

—Eso parece, aunque ahora da igual —dijo apartando la cerveza de golpe mientras trataba de desechar

de su mente la imagen de Sarah, tanto la del pasado como la de la actualidad—. ¿Nos vamos?

—Cuando estás cansado eres un muermo —soltó al ver que este ya quería finalizar la conversación cuando se estaba poniendo interesante.

—Tú siempre pensando en el bien de los demás.

—Ya sabes que soy un partidazo —añadió con gausa para, después, terminarse la cerveza y dirigirse a la barra a pagar.

Tras despedirse de su amigo, Brian se dirigió hacia su coche para salir del centro de Chicago. Estaba deseando llegar a su casa, cambiarse de ropa y hacer algo de deporte para descargar un poco la frustración que sentía tras haber conocido a su nueva jefa. Se subió a su Chevrolet Equinox negro, un SUV pequeño ideal para moverse por la ciudad, para después encaminarse hasta el tranquilo barrio de Cook, ubicado al noroeste, donde se encontraba su casa, una edificación con apariencia de cabaña que fue construida en 1910 para albergar a los primeros trabajadores del ferrocarril de Chicago. Estacionó a la entrada, cogió su maletín y subió los siete escalones que llevaban hasta el porche, observando la oscuridad del cielo y el sonido de los árboles meciéndose a causa del viento.

—Al fin —susurró al entrar, quitándose la chaqueta y encendiendo las luces a su paso. Pero, de repente, una música lo suficientemente alta para que lo molestase en su rutina diaria lo hizo extrañarse.

Brian sabía que la casa de su izquierda estaba deshabitada desde que su dueña falleció hacía cinco años y en la de su derecha vivían unos ancianos adorables que el único ruido que hacían era cuando, sin darse cuenta, aplastaban el mando a distancia y ponían al máximo el

volumen de la televisión. Por eso, y pensando que alguien se había colado sin permiso en la casa vacía colindante, cogió las llaves y salió a la calle para dirigirse a la misma.

Llamó al timbre y el sonido de la música menguó ligeramente, para después oír cómo alguien intentaba abrir no con mucha destreza.

—¡Ya voooyyy! —exclamó una voz femenina, melodiosa, fina e incluso podría decir que delicada antes de abrir.

Brian deslizó la mirada por la joven cuando apareció ante él y tragó saliva con dificultad, intentando que no se le notara su reacción al tenerla delante. Iba con unas mallas de una tonalidad clara pero repleta de manchas que se le pegaba con sensualidad a sus sugerentes curvas, y las conjuntaba con una camiseta rosa chicle llena de polvo y suciedad. Su largo cabello lo llevaba recogido en una especie de coleta que se encontraba pocha a medio camino y con varios mechones fuera de su sitio. Aun así, su rostro, fino y delicado, sus pómulos ligeramente marcados y una diminuta hendidura que partía con dulzura su barbilla eran atractivos, armoniosos y reflejaban dulzura, aunque su expresión fuera cansada; incluso podía vislumbrar un atisbo de ojeras que de lejos le restaban atractivo. Debía reconocer que esa mujer seguía siendo bonita y tenía algo atrayente que no podía describir porque nacía de su esencia, del interior de su persona. Al mirarla a los ojos, tan expresivos que podía incluso comunicarse con tan solo una mirada, supo que ella también se había sorprendido al verlo de nuevo. Ni todo el maquillaje del mundo podría haber ocultado esos preciosos y expresivos ojos castaños, que enmarcaba con una línea negra

desdibujada después de haber transcurrido tantas horas desde que se la había hecho, asemejándose a una mirada felina, seductora, única. Su ovalado rostro, que dulcificaba todavía más con aquel flequillo que llevaba ligeramente despeinado, la hacía tener una imagen adorable, tentadora, algo que no había cambiado en todos los años que llevaban sin verse.

Sin pretenderlo, había vuelto a tropezarse con Sarah Reynolds, la única mujer por la que habría dado lo que fuera con tal de no volver a ver jamás.